

RECORDANDO AL MAESTRO HUMBERTO ALLENDE

p o r

Pedro Núñez Navarrete

El 16 de agosto recién pasado, se cumplió un año desde la fecha en que el maestro Humberto Allende abandonó su envoltura corpórea para entrar en la eternidad.

El Instituto de Extensión Musical de la Universidad de Chile, quiso rendir un homenaje al insigne maestro al programar para la temporada sinfónica de este invierno dos de sus obras más importantes: "La Voz de las calles" y "Escenas campesinas chilenas".

El maestro desaparecido sigue viviendo en su música y en el recuerdo de sus admiradores y de los que fuimos sus discípulos.

Demasiados motivos hay para recordarlo. Llenó con su nombre todo un capítulo de la historia de la música chilena; formó un considerable número de compositores y contribuyó con su enseñanza a la divulgación de la cultura musical; fue un precursor del movimiento modernista de la música chilena.

Se interesó desde temprano por el folklore musical de su patria, ennobleciendo la tonada popular que elevó al plano de música culta.

Las "Doce tonadas de carácter popular chileno", editadas en París por la Casa Senart, fueron elogiadas en 1922 por Florent Schmitt en la *Revue de France*. En un pasaje de su artículo dice el músico francés: "¡Qué deliciosas estas páginas, qué sensibilidad penetrante y profunda se revela en ellas! Son de esa música que cae de no sé qué empuje en el momento menos esperado y por las que se daría sin meditarlo todo lo que uno ha escrito o escribirá".

No sólo logró el maestro chileno despertar el entusiasmo de Florent Schmitt. También Claudio Debussy le prodigó sus elogios a propósito de su "Concierto para Violoncello y Orquesta". Dijo Debussy: "Es una obra perfectamente distinguida. El estilo es absolutamente notable. Hay una personalidad en el ritmo que se la encuentra raramente en la música contemporánea".

Felipe Pedrell y Adolfo Salazar prodigaron también sus elogios a la producción musical del artista chileno. Y, junto a ellos, sería larga la lista de notables músicos y críticos que le testimoniaron su admiración.

Cabe recordar que el maestro Pedro Humberto Allende nació en Santiago el 29 de junio de 1885. Su padre fue el escritor chileno don

Juan Rafael Allende, autor de numerosas obras de teatro, y su madre, la hija de un ingeniero francés, doña Celia Sarón. Don Juan Rafael llevó una vida azarosa, debido a que se mezcló en política y publicó algunas revistas satíricas.

Durante la revolución de 1891 que derrocó al Presidente don José Manuel Balmaceda, la imprenta y la casa particular de don Juan Rafael Allende fueron saqueadas. Le concedió asilo en la Legación Argentina el Ministro Uriburú, más tarde Presidente de esa República hermana. Tuvo que salir, poco tiempo después, con su familia rumbo al Perú donde permaneció durante tres meses. Pedro Humberto tenía entonces seis años de edad y alcanzó a frecuentar un colegio en Lima. De regreso a la patria, la vida de la familia Allende transcurrió por un cauce normal.

Don Juan Rafael tenía gusto por la música de cámara. Reunía en su casa todas las semanas un cuarteto de cuerdas. Desgraciadamente, todos creían que Pedro Humberto carecía de oído musical porque tenía dificultad para entonar canciones. Cuando había sesiones musicales en casa, lo echaban fuera para que no molestara. ¡Cuán lejos estaban de creer que ese niño a quien le cerraban la puerta, llegaría más tarde a ser uno de los más grandes músicos del continente.

Tuve el placer de conocer a doña Celia Sarón de Allende en 1939, cuando tenía 82 años de edad. De sus labios escuché innumerables anécdotas sobre la vida de su ilustre hijo. Vivía entonces en la calle Santa Rosa N° 1183, en una casona edificada por su marido después de la revolución. Allí pasó Pedro Humberto gran parte de su niñez.

Su ingreso al Conservatorio data de 1894. Estudió violín con el notable concertista chileno Aurelio Silva que llegó a ser violín concertino de la Orquesta Sinfónica de París. Además, cursó piano y composición. Pero, la verdad es que en composición musical, Allende fue un autodidacta debido a que los conocimientos que recibió de sus profesores fueron rutinarios e insuficientes.

De cómo se despertó en el maestro Allende el amor por la música folklórica, me lo explicó él mismo. La casa en que vivía con sus padres queda a poco más de una cuadra de la Avenida Matta. En esa avenida se instalaban en aquellos años las fondas y ramadas con que la gente del pueblo celebra la Pascua, el Año Nuevo y el Aniversario de la Independencia Nacional, el 18 de septiembre. Las ventas se extendían desde la calle Gálvez hasta la avenida Vicuña Mackenna. Allí, alegres cantoras atronaban el aire con sus cuecas y tonadas. El niño Allende no podía permanecer indiferente ante el divertido espectáculo que ofrecían los cantos y

los bailes del pueblo. “Desde aquella época —me expresó un día el maestro—, el ritmo y los giros melódicos de las cuecas y tonadas se grabaron para siempre en mis oídos”.

Un interesante aporte hizo el maestro Allende a la investigación del folklore araucano. Un día que el músico transitaba por una calle de Santiago, se encontró con un indígena araucano tocador de trutruca (instrumento de viento). Se interesó por esa extraña música y empezó a tomar apuntes de la melodía. Luego para ver si tenía errores hizo que el ejecutante la repitiera; pero cada vez daba versiones distintas, hasta que nuestro músico se convenció de que aquéllo tenía mucho de improvisación. Interrogado el indígena por este hecho, dijo: “Se toca según como esté el corazón”.

Poco después, comisionado por el Gobierno, partió el maestro Allende a la Araucanía para hacer investigaciones musicales. Seleccionó algunos cantantes y ejecutantes araucanos y los hizo traer a Santiago para grabar discos.

Su fama como folklorista lo hizo acreedor a la Vicepresidencia del Congreso de Artes Populares realizado en Praga en 1928.

Cuatro viajes a Europa contribuyeron a cimentar la nombradía del músico chileno. Conciertos de su música se realizaron en diversas capitales de Europa y también en Buenos Aires, Montevideo y Santiago.

Supo alternar su actividad musical con la de profesor en diversos establecimientos educacionales y en el Conservatorio Nacional de Música de Santiago, donde desempeñó la cátedra de composición musical.

Después de servir a la enseñanza por espacio de más de 35 años, se acogió a jubilación en 1940.

En 1945 el Gobierno de Chile le otorgó el Premio Nacional de Arte, siendo el primer músico chileno que recibía este galardón.

Sus últimos años los pasó atormentado por una cruel enfermedad que lo mantuvo alejado de las actividades artísticas.

Vivió rodeado del cariño de su esposa, doña Tegualda Ponce, y de sus dos hijas: Tegualda e Ikela.

La noticia de su fallecimiento conmovió al mundo artístico de nuestra patria y del extranjero.

Su nombre será siempre un símbolo de gloria para el arte de Chile.

*